

263039

Mons. Dr. MIGUEL DE ANDREA  
OBISPO DE TEMNOS

---

# EL CAPITAL Y EL TRABAJO

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN  
BERISSO TERMINADA LA HUELGA  
DE 14.000 OBREROS DE LOS FRIGO-  
RIFICOS, A PETICION DE LA FEDE-  
RACION DE ASOCIACIONES GRE-  
MIALES, EL 19 DE DICIEMBRE  
DE 1943

1943

*Editorial Difusión*

BUENOS AIRES



263039

Mons. Dr. MIGUEL DE ANDREA  
OBISPO DE TEMNOS

# EL CAPITAL Y EL TRABAJO

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN  
BERISSO TERMINADA LA HUELGA  
DE 14.000 OBREROS DE LOS FRIGO-  
RIFICOS, A PETICION DE LA FEDE-  
RACION DE ASOCIACIONES GRE-  
MIALES, EL 19 DE DICIEMBRE  
DE 1943

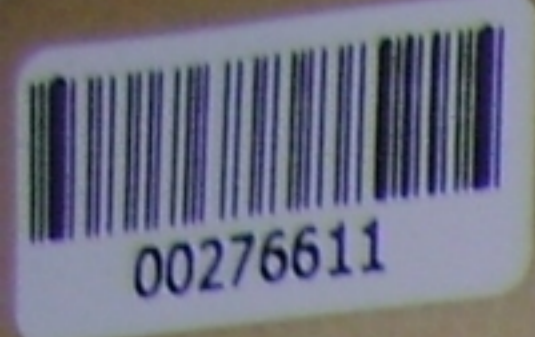


1943

*Editorial Difusión*

BUENOS AIRES





CON LAS DEBIDAS LICENCIAS.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

*Señor Ministro de Gobierno, representante del Interventor Nacional*

*Señor Ministro de Hacienda*

*Señor Jefe de la Región Militar*

*Señor Intendente Municipal de La Plata*

*Señor Presidente del Departamento del Trabajo de la Provincia de Buenos Aires*

*Señor Presidente de la Federación de Asociaciones Gremiales*

*Mi querido pueblo trabajador:*

**L**A amable insistencia de la Federación de Asociaciones Gremiales, después de mi actuación en los últimos acontecimientos desarrollados aquí, concluyó por decidirme a aceptarle la invitación a dar esta conferencia. Acepté la conferencia, pero no el homenaje. ¿Cómo ocasionar erogaciones al pueblo, cuyo salario es insuficiente? Pero, habéis persistido en vuestro propósito, y he aquí



que me encuentro con un homenaje superior a la confesión.

Es grande la emoción que se apodera de mí en estos momentos. Han pasado veintidós años desde mi primera visita a Berisso. ¡Lo que era entonces y lo que es ahora!

Aquella visita inolvidable la motivó la colocación de la piedra fundamental de la mansión obrera que cobija a muchos de vosotros. Fué el año en que se colocaron también las piedras fundamentales de los cuatro barrios de casas individuales y colectivas, levantados en los alrededores de la Capital de la República y administrados hoy por la Acción Católica Argentina. Iniciábamos entonces para bien del pueblo, la solución del pavoroso problema que pesa sobre él: el problema del alquiler. Y lo hacíamos con hechos, construyendo viviendas, económicas desde luego, pero con las condiciones exigidas por la dignidad inherente a toda persona humana. Si aquel empuje inicial no hubiera sido contenido, hoy nos hallaríamos en vísperas de la anhelada solución. Pero con ocasión de los propósitos reiterados por mí el año 1919 a raíz de ciertas convulsiones sociales que no se olvidarán por mucho tiempo, se intentó tildármeme de revolucionario. Eran propósitos encaminados a lograr el bienestar material y moral del pueblo. ¿Yo revolucionario? ¡Nada más injusto! Soy partidario de la justicia. Tal vez por esto aquella in-

culpación tenga alguna razón de ser ¡ya que la justicia es una revolución contra la injusticia!

El hecho es que ciertas oposiciones más fuertes que yo, me obligaron a desistir; en otras palabras: me hicieron caer. Pero, como véis, no me hice gran daño en la caída, porque, en el seno de la Iglesia de la cual soy hijo, caí entre los brazos y los corazones del pueblo. El pueblo es consecuente con aquellos que trabajan por él cuando descubre que lo hacen, no por temor a sus represalias, ni con la esperanza de sus votos, ni con la ambición de su dinero, sino con desinterés y abnegación y sólo por amor a la justicia. Es lo que ha comprendido Berisso: por eso vuelvo reconfortado a él, la más auténtica y laboriosa colmena humana de la República.

Desde el principio del siglo, a mi regreso de Roma, terminada mi carrera, he ido decididamente al pueblo. Traía en el alma el eco de la voz de aquel genial Vicario de Jesucristo que se llamó León XIII y que, como profetizando los acontecimientos de hoy, nos repetía: "Id al pueblo". ¿A qué? ¡No a servirnos de él, sino a servirlo!

¿Quién puede olvidar las orientaciones que nos diera hacia los hijos del trabajo aquel Papa inmortal? Había dado al mundo la *carta magna* de los principios que debían lograr la solución del problema surgido entre el capital y el trabajo. Después de cincuenta años son



hoy de una actualidad sorprendente. Los genios son proféticos. El mundo se habría economizado los formidables trastornos que lo convulsionan, si aquellos sabios principios hubiesen sido aplicados.

Pero los trabajadores del mundo percibieron que del Vaticano dimanaba la luz. Numerosas delegaciones obreras de diversas naciones se dieron cita en la Ciudad Eterna, para expresar solemnemente al Papa del catolicismo social su inmensa gratitud por la promulgación de la Encíclica "*Rerum Novarum*". León XIII les otorgó una audiencia pública y solemne. Llegaron al Vaticano vestidos con sus blusas de obreros. El Papa hizo abrir de par en par los portones de bronce que dan a la regia escala, como sólo se hacía con los príncipes y los reyes, pues entendía que por ahí iba a subir la nueva realeza del trabajo. Al hacerlos poner de pie frente a él y al abrazar a sus representantes, alguien pudo decir que ese gesto pontificio era el abrazo y el beso con que el Vicario de Cristo saludaba el advenimiento de la democracia cristiana.

Por todo eso y porque siempre he querido responder a la intergiversable intimación hecha por Jesucristo de consagrarnos a evangelizar al pueblo, mi apostolado ha sido preferentemente para los de abajo. Yo tenía poco o nada que ofrecer a los de arriba: no dispongo ni de oro ni de fuerza. En cambio puedo llevar algún consuelo

y procurar alguna ayuda a los de abajo. Me apena oír hablar despectivamente de los de abajo. No conviene olvidar que arriba se hallan las cúpulas y abajo los cimientos, y yo no sé por qué habría de ocuparse más de las cúpulas que de los cimientos.

\* \* \*

Sé muy bien que no faltan quienes piensan y afirman que nosotros no debíamos hablar de ciertas cosas a las clases trabajadoras. Padecen de la ingenua convicción de que nosotros se las revelamos y de que revelándoselas las excitamos. Tendré que repetirles: no persistáis en vuestro empedernido engaño, las saben demasiado: las conocen y con exceso. Y porque son ellas quienes las experimentan y las soportan, las hablan y las comentan y aun las exageran permanentemente.

Entre aquellos a los cuales me he referido, abundan asimismo los que piensan que después de esta guerra podrán reinstalarse en sus antiguos privilegios y volver a usufructuar en beneficio propio el mundo del trabajo.

He ahí un gravísimo error, porque sus días están contados. Una convulsión tremenda nos aguarda. ¿Es que no se ha pensado en lo que va a significar la vuelta a sus solares patrios de millones de soldados que no hallarán su hogar, ni sus esposas, ni sus hijos, ni sus



madres porque una guerra mucho más terrible e implacable que la del 14, ha impuesto la destrucción total? Esos millones de soldados van a preguntarse con legítimo derecho: ¿dónde están las ventajas, dónde se hallan las mejoras, dónde se encuentra el prometido bienestar? ¿Con qué objeto los gobiernos nos han llevado a la matanza?

¿Es que no se ha pensado todavía en lo que comporta la inmensa desmovilización y lo que exige la transformación de la fantástica producción de guerra, en producción de paz? ¿Es que no se ha pensado aún en la desocupación, la emigración, el empobrecimiento, el hambre y la miseria que serán el legado fatal de las destrucciones dantescas? ¿Y cómo puede pretenderse que todo ello quede confinado dentro de las fronteras de algunas naciones o de algún continente? Sobran las razones que convencen de la imposibilidad de preservarse de las consecuencias de la convulsión que han de ser universales. La solidaridad de toda la humanidad, es un hecho evidente en este tiempo en que nos ha tocado vivir. Todo lo que se puede y se debe hacer es prevenirlas con anticipación para atenuarlas. El torrente democrático ya está en marcha. Pretender contenerlo no es sensato. No hay vallas ni diques suficientemente poderosos. Si se intenta oponérselos, será para que sus caudales, momentáneamente contenidos, los arrollen lue-

go sembrando la destrucción por todas partes. Lo prudente es encauzarlo. No hay torrente que debidamente canalizado no difunda la fertilidad sobre sus márgenes. Tal es la verdad, abonada ya en ciertas regiones por la experiencia. Lástima que por regla general el escarmiento no se hace en cabeza ajena. Y cuando llega la hora de hacerlo en la propia, siempre resulta demasiado tarde.

Se habla mucho de la necesidad y de la prontitud con que debe ganarse la guerra: yo añado que urge prepararse para ganar la paz. Es necesario tomar todas las disposiciones necesarias para dar anticipadamente a los pueblos todo aquello que tendrán el derecho de exigir. Hagamos por la evolución lo que, si a ella nos oponemos, hará la revolución.

\* \* \*

A esta altura de la guerra se habla mucho de ideales y de principios: se difunde la convicción de que se trata del desplazamiento radical de los unos por los otros. En sus comienzos no se empleaba el mismo lenguaje. Se hablaba de predominios comerciales, de prevalencias bélicas en la tierra, en el mar y en el aire, de imperialismos, espacios vitales y hegemonías. Los factores que desencadenaron la guerra, según todas las referencias eran económicos.



Mucho antes de esta guerra y mucho antes de la del 14, factores económicos también venían preparando una formidable guerra social. El individualismo sin frenos divinos ni humanos la había engendrado. ¡Cuántas veces tenemos que enfrentarnos con la fatalidad de ciertos "ismos"! Ellos desvirtúan y prostituyen ideas y palabras. ¡Cuán grande es la distancia que media entre individuo e individualismo, libertad y liberalismo, feminidad y feminismo, comunidad y comunismo! ¡Es igual a la que media entre capital y capitalismo!

¿Qué es el capital? Capital es el fruto acumulado del trabajo. Es por lo tanto hijo del trabajo. ¿Y qué es el trabajo? Trabajo es la actividad de la persona humana. Es por lo tanto una prolongación de la persona humana. De esto se deduce que es incomparablemente más noble y más apreciable el trabajo que el capital. Pero ¿qué es lo que ha acontecido? El hijo acogándose al individualismo, es decir: a la abolición de toda norma de moral y de justicia, se desarrolla, se agiganta y se ensoberbece y procede a explotar, a exprimir, a agotar a su padre, el trabajo. Pero el trabajo que no muere ni envejece porque es la ley de la humanidad, lo advierte y reacciona y se subleva. Los trabajadores se cuentan, y al sumarse adquieren la convicción de ser infinitamente más numerosos y de que por eso pueden llegar a ser más fuertes. Y una voz que se levanta,

desoyendo también las prescripciones de la justicia, los interpreta y grita: "¡Trabajadores del mundo uníos!" ¿para qué?: para estrangular al capital: ¡el hijo rebelde y ambicioso! Y ahí tenemos declarada la guerra implacable entre el capital y el trabajo, guerra convertida en sistema por el sindicalismo marxista.

\* \* \*

No creo necesaria una aclaración, porque ella resulta de los conceptos vertidos, pero tal vez la reclame el empeño enfermizo de ciertos sectores que en medio del actual confusionismo, parece que tuvieran la infortunada misión de tergiversarlo todo. No ataco al capital, fruto acumulado del trabajo; todo lo contrario; defendiendo su legitimidad y su eficiencia. Para la estabilidad y el desarrollo de la vida, es un elemento indispensable. Toda la actual economía exige su concurrencia con el trabajo. Lo que recrimino y ataco, es el capitalismo, es decir: la avaricia, el abuso, la opresión y la explotación de los que trabajan. Y no me limito a anatematizar un capitalismo determinado, sino a todo capitalismo, cualesquiera que sean su origen y su procedencia, ya que el capitalismo no tiene patria por la simple razón de que carece de entrañas y no tiene corazón.

Durante la campaña preparatoria de la ley de



*protección del trabajo a domicilio*, debí realizar una penosa encuesta para adquirir un conocimiento documentado de la explotación de los trabajadores de la aguja. Un anciano ya definitivamente vencido por los años, las enfermedades y las privaciones, me documentó su confianza en los términos siguientes —¡basta leerlos una vez, para que no puedan borrarse nunca del alma!—: “Que Dios lo conserve y lo bendiga. Yo tenía tres hijas: las tres muy buenas. Me sostenían con la costura; trabajaban mucho de día y también de noche. Ganaban de sesenta a sesenta y cinco centavos por día. Dos de ellas se me enfermaron: una de 19 años, otra de 21. Me las llevaron a Santa María en Córdoba. ¡Era tarde! ¡Se me murieron las dos! Me queda sólo una que tiene 24. Pero ahora, gracias a la ley gana cuatro pesos con cincuenta centavos. ¡Dios lo bendiga! Y Dios lo conserve para que pueda continuar amparándonos: porque a veces después de haberle pagado en presencia de los inspectores, la obligan a devolver una parte con la amenaza de dejarla sin trabajo...” ¿Es posible tolerar que las hijas y las madres de nuestro pueblo, sean explotadas para que con su sudor engorden ciertos tiburones? Los que estamos en contacto con el pueblo y descubrimos estas cosas, ¿podríamos cruzarnos de brazos?

No sería ni cristiano ni patriótico, ni humano.

Reitero conceptos emitidos el año 1937 al iniciar la campaña contra la explotación de los trabajadores de la costura: “Cada año la vergüenza sonroja las mejillas de la Patria cuando se anuncia el elevado porcentaje de los inaptos para el servicio militar. Es uno de los grandes castigos del pecado social. Los hijos son incapaces de defender a la sociedad, porque antes la sociedad se mostró incapaz de defender a las madres!”...

\* \* \*

Bien pues. No toco sino alguna de las actividades industriales: pero ello basta para dejar establecido que el conflicto entre el capital y el trabajo está planteado. Pero no basta comprobar la existencia del problema: cosa tan fácil y al alcance de todo el mundo. De la misma manera que no basta al médico el haber comprobado la enfermedad y acertado en su diagnóstico. Es además necesario dar con el remedio. Es fácil enunciar los problemas, pero es más difícil si bien incomparablemente más útil encontrar la solución.

Se han venido proponiendo y aun ensayando varias soluciones. Desde luego una que dejo enunciada pero que debo volver a puntualizar: la proclamada y ya experimentada por el comunismo: la supresión del capital. La abolición de la propiedad privada. Esta so-



lución además de ser antinatural, es falta de lógica. No es posible autorizar la eliminación del enfermo con el propósito de curar la enfermedad. Por lo demás, una dolorosa experiencia ha demostrado ya, que no se puede prolongar por largo tiempo e impunemente la opresión violenta de los derechos naturales.

Busquemos ahora cuál es la solución auténtica y verdadera entre las varias que suelen proponerse en nuestro propio campo. Dicen algunos: para subvenir a las necesidades y las miserias del pueblo, la solución está en la beneficencia. ¡La beneficencia! ¡Bendita sea! Es una aurora que hizo aparecer el cristianismo sobre el horizonte del mundo de los explotados y de los esclavos. ¿Qué sería de esos millones de desheredados si les faltara esa celestial providencia?

Pero es necesario tener presente que el número de los desheredados a quienes la beneficencia alcanza, es incomparablemente inferior al que crea la avaricia manteniendo por un lado la exigüidad de los salarios y elevando por otro el costo de la vida. Por otra parte la beneficencia que generalmente procede de la misericordia cristiana, no tiene por misión la de extirpar la avaricia de los que producen las víctimas que ella ampara. Y si la beneficencia procede a veces de los mismos que con sus explotaciones multiplican tuberculosos, el número de los

que auxilia resulta irrisorio comparado con el número de los que crea!

Adviértase, además, que la acción de la beneficencia se orienta hacia las existencias ya quebradas y vencidas. ¡Y la solución del problema social exige sostenerlas a tiempo para que puedan bastarse a sí mismas y triunfar dignamente en la vida!

De todo esto se desprende que la beneficencia será siempre necesaria en la vida porque siempre habrá desheredados que no deberán su miseria a causas artificiales como la explotación, sino a tantas otras deficiencias de la naturaleza humana. “¡Pobres habrá siempre entre vosotros!”

Pero jamás la beneficencia podrá ser una solución adecuada del problema planteado entre el capital y el trabajo. Puede ser una solución individual pero no profesional ni social: puede ser una solución parcial, pero no integral. ¡La previsión será siempre más benéfica que la beneficencia!

Hay también quienes proponen como una solución la caridad. La caridad, virtud divina bajada del cielo para volver menos dura nuestra peregrinación en la tierra. La caridad es indispensable. El amor es necesario no sólo para que haya un poco de dicha en la vida, sino hasta para que haya vida. El amor es vida y es quien da la vida. Donde no hay amor no hay vida. El odio mata,



el amor vivifica. El mundo contemporáneo se está muriendo porque le ha faltado el fuego del amor fraterno: casi se extinguió su llama. Comenzó a congelarse en el egoísmo. El mundo se está muriendo de frío.

Pero ¿cómo puede pensarse que la poca caridad que queda en el mundo pueda invocarse para presentarla como solución completa del problema? Es casi infinito el número de los que no tienen la verdadera caridad. Y a no pocos de los que pretenden escudarse tras la caridad, habría que indagarlos acerca de cómo proceden en lo que concierne a la justicia. Nadie tiene el derecho de profanar la caridad utilizándola como una máscara para ocultar a la injusticia. Respecto del asunto que estamos debatiendo, no puede pretenderse que se crea que hace caridad el que empieza por faltar a la justicia. Primero justicia y luego caridad.

Tampoco se pretenda confundir la caridad con la limosna. Puede haber caridad sin limosna como puede haber —y muchas veces la hay— limosna sin caridad. Y puedo nuevamente repetir aquí: la mejor limosna consiste en tender a tiempo la mano al hombre para que pueda ponerse en condiciones de no necesitarla. El hombre vive de pan: y por eso los trabajadores, lo necesitan para ellos y para sus familias. Pero quieren el pan, no robado ni recibido de limosna, sino como Dios lo

manda, dignamente ganado con el sudor de la propia frente.

\* \* \*

Dicen otros finalmente: la solución se encuentra en la resignación cristiana. ¡La resignación cristiana! Virtud admirable, virtud heroica, virtud de superación, tú también eres necesaria, eres indispensable en la vida. Lo eres para mí y lo eres para todos. Lo eres para los de arriba y lo eres para los de abajo. Lo eres para los que tienen de todo y lo eres para los que no tienen nada. Cada día, cada hora, tiene su pesar. Y hay una infinidad de sufrimientos del cuerpo y de angustias del alma, dimanadas de causas misteriosas, inaccesibles, invencibles que no están al alcance de las posibilidades del hombre. Y para soportarlas, para superarlas, para volverlas meritorias, no hay otro medio fuera del de la resignación cristiana. ¡Bendita sea! Pero ante los males artificiales ocasionados por la avaricia del hombre, ante la miseria causada por la explotación de una industria sin entrañas, pretender que nosotros prediquemos la resignación cristiana a las víctimas que la soportan, para que sus verdugos puedan continuar oprimiéndolas, eso no lo debemos hacer y no lo haremos jamás. Torturaríamos nuestras conciencias y profana-



ríamos el Evangelio otorgando a los explotadores un salvoconducto de virtud. El Evangelio no es garantía de esclavitud, es por el contrario la *carta magna* de la libertad.

La libertad no sólo debe tener un sentido político y civil sino también económico y moral. Y no pueden tener los trabajadores honestos la necesaria libertad moral, sino sobre la base de una cierta independencia económica. Por eso he dicho también alguna vez que no nos hemos libertado todavía de la ignominia de la esclavitud!

\* \* \*

Me he extendido demasiado y no puedo detenerme el tiempo que fuera necesario, para indicar la que considero como posible y verdadera solución. Ella está en la constitución de las organizaciones profesionales. Tenemos la doctrina y poseemos también su feliz experimentación. Es necesario iniciar la marcha por la senda de la armonía entre el capital y el trabajo. Las organizaciones obreras y las organizaciones patronales deben proceder a la creación de las organizaciones profesionales. Las organizaciones horizontales deben ser completadas con las verticales. Nadie como la misma profesión alcanzará su prosperidad. Y sólo por medio de las organizaciones profesionales podrá realizarse la

conquista de la justicia social. La Federación de Asociaciones Gremiales que se inicia en Berisso puede dar la pauta a la República. ¿Quién puede medir sus proyecciones y calcular su trascendencia?

Pero es necesario apartarse con igual decisión de dos extremos: del *corporativismo estatal* de absorción absoluta, y del *sindicalismo marxista* de oposición sistemática. La lucha permanente no puede, no debe ser un estado normal. Los obreros que acaban de soportar diez y nueve días de huelga, carentes de reservas con que poderlos afrontar, saben lo que aquello significa.

\* \* \*

Debo terminar. Permitidme que concluya presagiando la realidad en que ha de cristalizar esta asamblea imponente de trabajadores auténticos, decididos y entusiastas: la realidad de los basamentos que estáis construyendo para levantar el gigantesco arco de triunfo bajo el cual desfilen victoriosas las organizaciones profesionales. Y mejor aún desde que estáis presentes hijos de casi todas las naciones del mundo, asociad los colores de todas vuestras queridas banderas para formar un inmenso arco iris que aureole la marcha de la democracia corporativa, para la conquista de la paz social de la República.



NOTA ENVIADA POR LA FEDERACION DE  
ASOCIACIONES GREMIALES

La Plata, diciembre 21 de 1943.

A S. E. Ruma. Monseñor doctor Miguel de Andrea:  
Buenos Aires.

De nuestra consideración:

Perdura en el pueblo de Berisso y en todo el país, la intensa emoción vivida el 19 último, con motivo de la magistral conferencia que V. E. pronunciara en el salón del cine Victoria y que gran parte de la población asalariada de la localidad referida tuvo el privilegio de escuchar personalmente.

La Federación no tiene palabras de agradecimiento para expresar a V. E. su reconocimiento por el honor que le ha conferido al acceder a concurrir a Berisso que como bien dijo es su "querido pueblo trabajador".

Los miembros de este organismo han resuelto





transcribir en el libro de actas, los conceptos que V. E. expusiera el día 19, en el deseo de que los trabajadores de Berisso, presentes y futuros, conozcan cual es la orientación que les ha señalado su gran conductor. Aseguramos a V. E. que cuando dispongamos de nuestro edificio, las palabras maravillosas pronunciadas por Monseñor quedarán grabadas en la portada del mismo como una lección eterna en la que deberán inspirarse las generaciones argentinas.

Firman la presente nota numerosos socios recientemente incorporados —dado que hoy cumplimos un mes de vida— porque han querido testimoniar a V. E. su profunda gratitud por el hecho de haber concurrido a Berisso, no obstante las múltiples tareas que reclaman su presencia de continuo.

Dios guarde a V. E. por muchos años.

Firmado:

La Comisión Directiva.

EDITORIAL DIFUSION, S. A.

OTRAS PUBLICACIONES DE MONSEÑOR DE ANDREA

La Libertad frente a la Autoridad .. . . .	\$ 0.20
Justicia Social .. . . .	.. 0.20
El Evangelio y la Actualidad .. . . .	.. 0.60
Hacia un Mundo Nuevo .. . . .	.. 0.50

EN PRENSA:

OBRAS COMPLETAS

Solicítelas a

EDITORIAL DIFUSION, S. A.

Tucumán 1859 — Buenos Aires



EDITORIAL DIFUSION, S. A.

OTRAS PUBLICACIONES DE MONSEÑOR DE ANDREA

La Libertad frente a la Autoridad .. .. .	\$ 0.20
Justicia Social .. .. .	.. 0.20
El Evangelio y la Actualidad .. .. .	.. 0.60
Hacia un Mundo Nuevo .. .. .	.. 0.50

EN PRENSA:

OBRAS COMPLETAS

Solicítelas a

EDITORIAL DIFUSION, S. A.

Tucumán 1859 — Buenos Aires



Este folleto se terminó de imprimir en los  
Talleres Gráficos de Andrés E. Andolfatto,  
el día 31 de Diciembre del Año del Señor  
de 1943, festividad de San Silvestre.